

POR EL GUSTO DE LEER A CERVANTES

Aurora EGIDO

(Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2018, 560 págs.)

Una ojeada a la exhaustiva bibliografía, ya desbordada, que precede al homenaje académico del año 2017 a la profesora Aurora Egido ofrece un número de entradas dedicadas a Cervantes superior al medio centenar¹. La autora ha ido, así mismo, recopilando sus trabajos y coordinando volúmenes que han acudido puntualmente a la cita con hispanistas y lectores interesados en el creador del *Quijote*. *Por el gusto de leer a Cervantes* ni siquiera es el último de esa útil serie de recopilaciones, pues ya se anuncia como de aparición inminente *El diálogo de las lenguas y Miguel de Cervantes* en el catálogo de las Prensas Universitarias de Zaragoza. Prácticamente ningún asunto cervantino se ha escapado al agudo análisis de la autora que nos regala ahora con esta nueva gavilla de textos sobre el clásico.

El primer artículo (“Los hurtos del ingenio y la paternidad literaria en Miguel de Cervantes”, pp. 21-35), que abre la recopilación, versa sobre los hurtos de Cervantes, su modo de entender la escritura como un homenaje a los libros disfrutados, a la vez que entrega los suyos al acervo común. Palabras hurtadas, que no robadas, irían desde la voluntad quijotesca de apropiarse de las conductas y fraseología de sus héroes preferidos hasta ese “Puesto ya el pie en el estribo” del *Persiles*, arrancado a la poesía cancioneril. La honesta labor cervantina presenta, además, todo ello con una discreción que nunca agobia al lector con acarreo insustanciales y postizos.

¹ Ángeles Ezama y otros (coords.), *La Razón es Aurora. Estudios en homenaje a la profesora Aurora Egido* (Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2017). La bibliografía en línea puede constarse aquí: <https://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/36/11/02bibliografia.pdf> [01/02/2018].

El volumen continúa con “La fuerza del ingenio y las lecciones cervantinas” (pp. 37-57), destacando la novedad de Cervantes al asentar el concepto de ingenio en el territorio de la locura, saltándose así las reglas de la preceptiva clásica que imponían desde Horacio la dicotomía entre *ingenium* y *ars*. Se abren con esa estrategia nuevos caminos a la novela moderna que pudo, tras el ejemplo del ingenioso manchego, desatar los proyectos literarios de los lazos del juicio e incorporar el arte a los designios vitales de los protagonistas. También la preceptiva clásica y neorristotélica ilumina los matices con que en el *Quijote* se alude al gusto, tanto del lector que enfrenta la genial novela, como de los personajes de la segunda parte. Algunos de ellos, los más destacados, han leído la primera y han disfrutado viendo gozar al hidalgo aficionado a los libros de caballerías, no sólo cuando recuerda sus lecturas preferidas, sino cuando las lleva a la práctica de sus correrías por los campos de Montiel (“El gusto de don Quijote y el placer del autor y de los lectores”, pp. 61-95).

En un proyecto literario de vida como el emprendido por don Quijote no podía faltar la imitación de las melancolías de los enfermos de amor que pasean su desesperación por libros de caballerías, cancioneros y ficción sentimental (“Don Quijote, enfermo de amores”, pp. 97-122). Síntomas, ajuste a las teorías psicofisiológicas sobre la pasión erótica e inútiles remedios son desgranados en un trabajo que, entre otras cosas, destaca la paradoja de una creación literaria que ayuda a aliviar la melancolía del lector gracias a la terapia de la risa y la distracción, recomendada en tantos manuales médicos de la época.

Las noticias sobre el interés por visitar la cueva de Atapuerca en tiempos de Carlos V, y notablemente la recreada en la *Crónica burlesca* de Francesillo de Zúñiga sobre su exploración en 1527 por parte de una curiosa camarilla cortesana, le sirven a la autora para establecer una serie de paralelismos que llevarían a ver en la invención del bufón un relato predecesor del de don Quijote en los capítulos 22 y 23 de la segunda parte (“De la cueva de Atapuerca a la de Montesinos”, pp. 123-137). Se detectan el mismo tono paródico, la exclusividad de la fuente para la que no existe ninguna otra relación, desfiles de personajes no muy diferentes de los que luego se exhibirán en Cervantes con parecida mofa y befa de romancero y épica. Claro que la voluntad de situar el relato en el centro de la creación literaria, abriendo nuevos caminos a la fantasía asentada en el interior del individuo, es exclusivamente cervantina y apoya lo avanzado

de una propuesta que prescinde, por primera vez en la historia literaria, de la carga oracular y alegórica de los sueños para situar lo onírico en un lugar narrativo que da cuenta privilegiada de la evolución psicológica del protagonista.

El artículo sobre Barcelona (“Alba y albergue de don Quijote en Barcelona”, pp. 139-190) es un sentido homenaje a la ciudad en cuyas aulas universitarias disfrutó la autora del magisterio de uno de los grandes del cervantismo, Martín de Riquer. En su estela comienza por destacar las conexiones de la estancia quijotesca en la Ciudad Condal con los regocijos del solsticio de verano en la festividad de San Juan, que, entre otras cosas, invierten paródicamente el esquema triunfal de los recibimientos. Pero no deja territorio sin explorar, desde el encuentro en los alrededores con Roque Guinart, digno exponente del bandolerismo endémico en Cataluña, hasta la vinculación de su puerto con un intercambio de mundos que no solo apunta al Mediterráneo y el peligro turco, sino a la posición clave de Barcelona como nudo de vías de conexión con Europa. Así, ese crisol de culturas, lenguas y religiones se apodera de los capítulos transcurridos en la ciudad, con sus fricciones, pero sobre todo con la riqueza que propician, solidaria de la apuesta cervantina por la pluralidad lingüística y la traducción, más que por una hipotética lengua ideal. Ocupa la parte final de este repaso la deuda del episodio barcelonés con *Las dos doncellas*, novela ejemplar que prefigura materiales como el ya citado bandolerismo y la alabanza de la urbe, *archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros*. En el *Persiles*, sin embargo, fue definitiva la voluntad de no repetir lo que Lope había hecho al trazar en *El peregrino en su patria* un itinerario que pasaba por Zaragoza y Barcelona.

Que el fino trabajo de análisis del clásico no está exento de lecturas cercanas a la actualidad queda reflejado no solo en el relieve concedido a la pluralidad lingüística y a la entente de culturas en el artículo recién comentado, sino que queda manifiesto a continuación en la valiente defensa de las humanidades: “La dignidad de las Humanidades y Miguel de Cervantes” (pp. 191-201). En este discurso, leído en 2015 en la ceremonia del doctorado *honoris causa* por la universidad Carlos III de Madrid, la invitación final a insertar la alabanza de los estudios humanísticos en la práctica vital a zaga de lo hecho por Cervantes, tanto en sus andanzas como en sus escritos, se convierte en un programa “para hacer de la Universidad un espejo de la dignidad en el que puedan mirarse los hombres y las

mujeres del futuro”.

Sin apartarse del entorno académico, nos regala a continuación su autora un trabajo sobre la deuda de Cervantes con el mundo de la parodia irreverente que de la literatura se hacía en el ámbito de los vejámenes universitarios: “Don Quijote en el patio de escuelas (Vejámenes de grado en España y América. Siglos XVI-XVIII)” (pp. 203-250). Él, que no había pisado sus aulas, al final de un intercambio de ida y vuelta, acaba por ofrecer a los ritos de paso estudiantiles materia en que inspirarse con su don Quijote. Tampoco los conventos quedan al margen de esa moda que se toma a chirigota la caballería andante y que, tras la publicación de la gran novela cervantina, se apoya indefectiblemente en sus personajes, como demuestran la máscara corrida en 1692 “a la recuperada salud de nuestro católico rey”, con una monja que adopta el seudónimo de Aldonza de la Natividad, y la sátira concebida casi un siglo después en “El duende de las Trinitarias Descalzas / con las Bodas de Camacho” que se recoge en apéndice (“Aldonza en el convento y Cervantes resucitado”, pp. 251-272). La burla de la caballería ya era habitual en época previa a don Quijote, como muy bien conocía su creador. Este supo recogerla del ámbito cortesano, universitario y de academias literarias, por no hablar de las sales aceradas del tan denostado Feliciano de Silva, renovador de los libros preferidos del hidalgo manchego. En esa estela, lo realmente curioso es que la postura degradante que adopta su autor en la narración, aunque desprovista las más de las veces de su fino humor, marca indeleblemente la aproximación de los primeros lectores a la pareja de protagonistas, al menos hasta la llegada de los románticos. Eso es lo que ha perseguido magistralmente Aurora Egido en los artículos dedicados a la parodia con los que termina la sección segunda de la recopilación.

Tras un jugoso y mínimo paréntesis sobre la Arcadia cervantina (“Cervantes en la Arcadia”, pp. 275-281), que apunta al dominio que Cervantes demuestra sobre las implicaciones filosóficas de los jardines recreados en *La Galatea*, siguen los estudios sobre el silencio que tantas imprescindibles páginas nos habían legado. Ahora se completan con el recogido sobre el silencio en las *Ejemplares*, que sitúa *El coloquio de los perros* en lugar destacado, pues, al igual que en el *Persiles*, en estas narraciones los paréntesis, la suspensión, el misterio y, en definitiva, el silencio se emplean como herramientas destacadas de la nueva estética cervantina (“El silencio de los perros y otros silencios ejemplares”, pp.

283-307). Quedan al descubierto, tras el acopio de los oportunos pasajes, las profundas raíces éticas que los textos de Erasmo y san Pablo procuran al alcaláino en esta materia.

El siguiente bloque (“La memoria ejemplar y *El Coloquio de los perros*”, pp. 309-325), con el repaso a la memoria y sus artes, analizadas en la repercusión que tienen sobre el mismo corpus (las *Novelas Ejemplares* y el *Persiles*), nos recuerda que para hacer novela, Cervantes se desprende de los artificios mnemotécnicos al uso y deja correr el recuerdo que se va tejiendo en el relato. Una más de esas innovaciones cruciales en las que no han dejado de aprender los escritores que han sabido aprovechar sus revolucionarios modos narrativos.

De un asunto prosaico Lope y Cervantes saben elevarse a las alturas de la poesía (“Los sonetos de Lope y Cervantes a Francisco Díaz, inventor de la uretrotomía interna”, pp. 329-358). La autora, en consonancia con los dos clásicos, deduce interesantes conclusiones sobre el decoro y la microcosmía implícitos en los dos sonetos de circunstancias dirigidos al médico Francisco Díaz y su dedicación a la uretrotomía.

En el estudio de la poesía del *Persiles* (“Poesía y peregrinación en el *Persiles*. El templo de la Virgen de Guadalupe”, pp. 359-400), se incide en su relación con la armonía de una prosa muy medida, a la vez que se da cuenta de su evolución, acompasada al peregrinar de los personajes, y de su función en la trama novelesca como anticipación, resumen, remanso o simple búsqueda de la maravilla. Sin olvidar que, lejos del tributo rendido en *La Galatea* a la mezcla de prosa y verso de la novela pastoril, aquí en su obra póstuma, con su uso más contenido, hallamos la definitiva opinión cervantina sobre el papel de la poesía en la novela.

Marcando siempre nuevas sendas para la narración, los trabajos que cumplen en su peregrinación los protagonistas del *Persiles* se apartan de las desgracias azarosas de la picaresca, del afán exculpatorio de algunas autobiografías, pierden el componente alegórico de las caballerías a lo divino y se ofrecen como etapas de un viaje de perfección en pos de la honestidad y la prudencia (“Los trabajos en el *Persiles*”, pp. 401-446).

Para una mejor comprensión del episodio de la llegada a Lisboa en el *Persiles* cuenta el arrimo a las crónicas de Indias, y muy en primer lugar el recuerdo del diario de Colón, desde el “¡Cielo, cielo!” que contrahace a lo divino el “¡Tierra, tierra!” de Rodrigo de Triana, hasta el desembarco en un nuevo dominio que se extraña ante los atuendos y visajes de los

recién llegados del septentrión. Pero hay otro dato de capital importancia: la fallida historia de amor de Felipe II con su sobrina la infanta Margarita, que tomó hábitos religiosos en el Monasterio de las Descalzas Reales en una decisión muy comentada en la época por cuanto frustró las esperanzas de tener un sucesor que sustituyese al enfermizo príncipe Carlos (“El cielo de Lisboa”, pp. 447-489). Fue precisamente en Lisboa donde manifestó su rechazo a ser reina de España y el lugar desde donde emprendió una peregrinación que, como la de los personajes del *Persiles*, la llevaría de vuelta a Madrid, pasando por el monasterio de Guadalupe. La estancia de la comitiva rinde homenaje a la estrecha relación del centro religioso extremeño con la corona desde tiempos de la conquista de Granada, su interés por controlar Berbería y la especial devoción colombina trasladada al Nuevo Mundo. Sin olvidar que Carlos V en su retiro de Yuste mostró una querencia muy personal por el monasterio jerónimo. También la tradición coral y vocal de su capilla pudo influir en el destacado papel de Feliciano de la Voz en el episodio. Así mismo, la triste historia de don Manuel de Sosa y doña Leonora parece ser espejo de la de Felipe II y su sobrina.

En el último artículo sobre el *Persiles* (“La universalidad del *Persiles*”, pp. 491-526), se liga su escritura al concepto de monarquía universal para destacar la conjunción de imperio, lengua y literatura y la plasmación de la utopía de una Europa pacificada y sin guerras. La posición central de Toledo en la estructura de la peregrinación incide en el valor simbólico de la ciudad, que aglutina un pasado glorioso en el imaginario monárquico de España, sin despreciar su vinculación humanística. Ahora bien, para enmendar la plana a Lope, que en *El peregrino en su patria* la había elegido como punto de salida y meta, Cervantes prolongará el periplo de sus personajes hasta Roma para dar cuenta de la proyección universalista de la ciudad castellana en el conjunto de la Cristiandad.

La necesidad de distinguir entre universalidad y globalización abre el siguiente trabajo (“El ancho mundo de Miguel de Cervantes y la consecución de la fama”, pp. 529-558), pues el matiz claramente mercantilista del último vocablo y sus miras puestas casi en exclusiva en la economía, deberían hacernos ser más cuidadosos con la aplicación de términos de moda al análisis de épocas pretéritas. De cualquier forma, añádase este broche de la recopilación a la cuenta de la lectura de actualidad de Cervantes, alguien que fue muy consciente de la necesidad de la paz entre religiones y países y que, obligado a un peregrinar vital continuo,

acabó por desarrollar un especial tacto hacia quienes se veían compelidos a emigrar y buscar acomodo en tierras extrañas.

Termina así una acertada selección de trabajos que ayudan a entender el genio del escritor en el contexto de su creación. La profesora Egido no olvida el compromiso inherente a la tarea universitaria que tan brillantemente ha desarrollado y va señalando de paso, entre un aparato de notas completísimo, asuntos pendientes de investigar: la presencia de lo caballeresco y el *Quijote* en las Academias, la evolución de los jardines en Cervantes, la necesidad de una comparación más detallada entre el apócrifo, la *Vida* de Pasamonte y el *Persiles*. Si en un juego de palabras, con Shakespeare al fondo, la presentación de este libro lo señalaba como epílogo de una carrera y una vida dedicadas a Cervantes y sus creaciones, su oportunidad lo convierte en prólogo para que las generaciones venideras sigan los caminos abiertos por la excelente filóloga. Por el gusto de leer a Aurora y aprender en ella la lección de los clásicos.

Alberto del Río Nogueras
Universidad de Zaragoza